

Aunque este trabajo rebasa los límites de un comentario y debe ser considerado dentro del género de ensayo, lo incluimos en esta sección puesto que nuestra revista no cuenta hasta el presente con un apartado ad hoc.

LA PERSUASIÓN GLOBALIZADORA

Mario Miranda Pacheco*

Fecha de recepción: 12 de agosto de 2003. Fecha de aprobación: 28 de enero de 2004.

El debate sobre la globalización rebasa su acotamiento económico. Innumerables trabajos difundidos por diversos medios abarcan otros asuntos de interés mundial. No obstante la diversidad de temas tratados, la reflexión sobre la naturaleza de este proceso, principalmente sobre las modalidades con que se desarrolla, abre espacios generosos para ocuparse de categorías, conceptos y términos de alguna utilidad. En el marco de estas consideraciones, comento algunos aspectos de una práctica poco percibida, la cual, en términos convencionales, podría entenderse como una acción persuasiva. En este ensayo me ocupo del papel que desempeña dicha práctica en la globalización, proyecto *civilizatorio* de inspiración metropolitana, desplegado como paradigma único de la historia y la cultura del futuro.

La globalización, desembocadura de la modernidad

Los conceptos de modernidad y globalización —al margen de su canon polémico— denotan con claridad la conexión mundial de los asuntos más significativos de la época, principalmente la de aquellos que conciernen a la economía, la política y la cultura. Con el objeto de precisar dicha conexión, el término globalización es el que más se ha asentado. A él se apela para referirse a los trastornos que afectan al mundo del comercio, a la explotación de los recursos naturales, o a la precaria capacidad de los países dependientes para

* Profesor del Colegio de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

desarrollar su economía. Mas, se recurre a él de manera especial para evaluar las posibilidades de construir un nuevo orden mundial no utópico de la sociedad. Precisamente, debido a estas significaciones dispares pero relacionadas entre sí, el uso de este concepto aviva el presentimiento de que el proceso globalizador, por sus efectos desiguales y opuestos, no será el inductor de los cambios requeridos para recomponer un mundo contrahecho y desigual.

No obstante las interpretaciones que motiva el concepto de globalización, los críticos del lenguaje opinan que se trata de un anglicismo y que lo recomendable sería utilizar en su lugar el término *mundialización*, concepto menos ambiguo para referirse a lo que se quiere significar cuando se habla de la *globalización*. En tal sentido, el concepto sugerido connota la aceptación y el aprovechamiento mundial de logros trascendentes de la especie humana (háblese de un conocimiento, de un invento, de un modelo de organización social o político, por ejemplo, como ocurre con las aportaciones de la ciencia y la tecnología, o con los modelos de democracia y los derechos humanos, entre otros, ya mundializados en distintos niveles y escalas).

Para el caso que nos ocupa, la globalización aún está lejos de representar un logro real y efectivo. Las circunstancias actuales circunscriben su significado a los requerimientos concretos y proyecciones probables de un proyecto *civilizatorio* de dimensiones planetarias, diseñado para ensamblar preferentemente las relaciones y estructuras de producción y reproducción social, sustentado en una economía sin fronteras. Al margen de lo que implica una sustitución de conceptos como la referida, obviamente ociosa, podría entenderse la globalización actual en términos de un proceso desigual que busca el encauzamiento de la economía, la política y la cultura de regiones, sociedades y países distintos, ceñido a la dinámica del mercado, que es el alma del sistema capitalista.

La globalización se despliega en la desembocadura histórica y crucial de la modernidad —forma cualitativa y específica de la cultura occidental— que irradia y mundializa sus esquemas dominantes mediante diversos modelos que tienen función paradigmática en distintas expresiones del mundo histórico. En esta coyuntura única, sin parangón en la historia del género humano, la sociedad actual presiente que lo que está en cuestión es el futuro de los grandes asuntos mundiales, sobre todo el de aquellos que atañen al desarrollo material y espiritual de los pueblos que no se han beneficiado con los logros de la modernidad.

Como si la preocupación imperante necesitara de un vector que oriente las necesidades actuales hacia una curva de soluciones probables, el discurso de la globalización se extiende persuasivo en todas partes, como si fuera la emanación *racional* y esperada del mundo actual. A tono con este discurso, cargado de promesas remediales, ha surgido el neoliberalismo, propuesta pragmática del globalismo, ambas ideologías posmodernas, elaboradas para exaltar las virtudes del del sistema capitalista, hoy día dirigido por las corporaciones transnacionales y los estados más ricos y modernos del planeta.

La globalización, entendida como la mayor proyección histórica del sistema capitalista, está ensamblada con los logros de la modernidad, concepto que, en las últimas décadas del siglo xx, ha cumplido una función reveladora de la situación mundial. El largo debate sobre sus orígenes y desarrollo ha puesto en primer plano la brecha cultural, histórica y geográfica que separa sociedades, culturas y hombres, distinguiéndolos en función de su ser moderno y no moderno. Hoy, esa brecha se mantiene sin cambios notorios, no obstante los múltiples procesos de modernización emprendidos en diversas regiones y países. Tal estado de cosas tiene renovada importancia, dada la índole de la estrategia globalizadora, cuyo objetivo principal, quizás único, es el de tender puentes (sobre todo comerciales) para cruzar la brecha sin cerrarla, lo que equivale a decir que se trata de una estrategia englobante de economías y regiones diversas, que no modifica ni mejora las condiciones de atraso, pobreza y marginación que prevalecen en vastas áreas del subdesarrollo.

En el mundo dicotómico, escenario de viejas y nuevas hegemonías, esta situación ha tomado un sesgo peculiar, desde el momento en que la globalización, por sus componentes corporativos dominantes, configura actualmente un nuevo tipo de relaciones asimétricas. En este contexto de nuevo cuño, los países instalados en la modernidad, sobreponen sus intereses metropolitanos en el proceso globalizador. Para decirlo de otro modo, los países modernos, convertidos en centros activos del capital transnacional, se desempeñan como globalizadores de aquellos que aún no han encontrado la viabilidad suficiente para ser modernos.

La relación modernidad/globalización denota diferencias sustantivas. Si la modernidad representa la forma cualitativa más elevada de la cultura occidental, la globalización —con el portentoso equipamiento material e intelectual, creado por la ciencia y la tecnología de los últimos dos siglos, gracias al concurso de sociedades y economías del mundo entero, incluyendo los dominios coloniales— surge como un proceso posmoderno, caracterizado en su fase actual por los objetivos inmediatos de mundializar y homogeneizar las reglas del intercambio económico en beneficio de los países centrales o modernos, pero preservando el conjunto de condiciones que prevalecen en la producción social de los países atrasados. A esta diferencia, se añade otra: la modernidad avala el relato de su gestación y desarrollo con una rica historia de sus logros y objetivaciones, en tanto que la globalización emprende su despliegue sin ese aval y en términos de un porvenir aleatorio, que anticipa sus azarosas objetivaciones con el deterioro de los países débiles, atrapados en la dinámica englobante del gran capital.

Estas contradicciones del proceso globalizador hacen que la crítica preste más atención a sus consecuencias. Las cuestiona como ineficaces e insuficientes. El desasosiego que acompaña a estas consecuencias, deriva de un hecho concreto: la globalización, en todos sus niveles, se delata a sí misma como una empresa metropolitana, inducida e impuesta por quienes representan y dirigen sociedades modernas, ensimismadas en su opulencia. Con el



fin de que cambie esta situación, se levantan en el mundo entero voces multitudinarias que exigen enmiendas de fondo en las modalidades que ha asumido el proceso actual de globalización. Es en este *impasse* saturado de desencanto, donde la persuasión juega su papel.

El discurso globalizador abunda sobre una prosperidad condicionada por el mercado libre. Sus argumentos afectan no sólo a conjuntos cada día más amplios de la actividad económica, sino también al mundo de la cultura y la política. En los países débiles y atrasados, los propósitos persuasivos del discurso, en la práctica, generan efectos perniciosos de diversa índole. La ruina de ramas productivas íntegras, el desempleo y el deterioro de las condiciones laborales, la apropiación transnacional de los recursos naturales, la polarización de la población en términos de riqueza/miseria, las alteraciones del ambiente, los conflictos étnicos y regionales, las migraciones masivas, son algunos de estos efectos que alteran la consistencia cultural de los países atrasados, atributo inalienable con que los pueblos afirman su identidad en la atmósfera brumosa que ha creado el proceso globalizador.

La gestación de un nuevo orden mundial en la matriz corporativa de la globalización, desdeña las dicotomías y desigualdades que imperan en la época actual. Este desdén, insuflado por las apetencias del gran capital, está en el ojo de la crítica y no la derogatoria de la globalización como tal. ¿Quién, en su sano juicio, rechazaría las funciones englobantes que cumplen la información, la comunicación, el transporte? ¿Cuál sería una razón válida para que la producción y el intercambio, de dimensiones mundiales, no sean actividades que beneficien a todos los países en términos de equidad? Los efectos negativos que hoy sufren los países atrasados, inducen a cuestionar el lucro excluyente de millares de empresas transnacionales. Estas empresas globalizadoras son las que están en el ojo de la crítica.

Persuasión y colonialismo

La persuasión es un medio psicológico de aceptación y convencimiento. Si no se la ejerce, los usos del poder se hacen aberrantes e injustificados. En la política, la economía, la cultura, o en cualquier otra dimensión de la vida social organizada, la persuasión es un recurso discursivo y operacional de toda ideología de poder. Con tal finalidad, los ideólogos del capitalismo reciclaron la capacidad persuasiva de este sistema con el derrumbe del socialismo y el desenlace de la guerra fría, guerra de temores recíprocos que *congeló* el desarrollo de los países dependientes. Antes de que se produjeran estos acontecimientos, el socialismo —alternativa viable para que la sociedad se organice sobre otras bases— estuvo durante siete décadas la expansión del capitalismo en más de una tercera parte del planeta. Su presencia en el contexto mundial, con su legendaria *cortina de hierro*, fue el obstáculo mayor que no pudieron sortear las empresas transnacionales en el camino de desplegar su proyecto globalizador, latente en las economías-mundo que diseñaron diversos colonialismos e imperialismos.

Con el derrumbe del socialismo terminó la historia de un mundo dividido. Se desmantelaron la economía nacional planificada y la propiedad social de los medios de producción, desaparecieron las fronteras ideológicas y se abrió el planeta como un escenario disponible. Estos hechos fueron determinantes para que la libre empresa de nivel corporativo —cimentada en la explotación de hombres y pueblos— asegurara su dominio *urbi et orbi*, sin adversarios, sobre todo sin opciones que estén a la mano. En esta nueva coyuntura, los estados capitalistas avanzados, las empresas transnacionales y las élites beneficiarias de la dependencia, afinaron las resonancias de su discurso. Los argumentos que utilizaron tenían un asidero: el triunfo del capitalismo. Este antecedente histórico fue el catalizador de la acción persuasiva en el proceso de globalización.

En un mundo unipolar, afectado por crisis financieras y por otros síndromes de índole económica y social, la libertad de mercado devino una figuración mítica de la racionalidad que ensalza la globalización. En estos términos, la nueva ideología, erigida en *pensamiento único*, cumple funciones fetichizadas y alienantes, al grado de que todo convenio globalizador la asume como fundamento intocable, poco menos que metafísico, dotado de virtudes ejemplares para persuadir a productores y consumidores de un camino sin opciones: el mercado libre es la única vía para el bienestar y la prosperidad. Sin embargo, la práctica es diferente; muestra que el mercado libre es contradictorio y que, en los hechos, se le recorre en dos direcciones opuestas. Una es la que recorren los países y regiones que producen y comercian desde el área de la dependencia; la otra es de uso exclusivo y excluyente de los países hegemónicos. En lo que atañe a los países latinoamericanos, ¿qué mercado libre puede haber, si los países más ricos y desarrollados del planeta practican un proteccionismo cerrado que impide el intercambio equitativo? ¿Cuán evidente es el mundo sin fronteras, si éstas, en los países industrializados, son parcelamientos cerrados del progreso científico y tecnológico, controlado por las corporaciones?

En la confrontación de ideologías y evidencias, el *pensamiento único* y otros mitos persuasivos del globalismo representan estrategias instrumentadas para crear nuevas formas de colonialismo. Por ello, en la configuración actual de la economía sin fronteras, puede afirmarse que el colonialismo posmoderno ya es una realidad. Las corporaciones, de común acuerdo con los estados que las respaldan, participan en un novísimo estilo de repartirse la riqueza de los países débiles y locupletarse con el consumo local o nacional. Unas veces persuaden a sus gobiernos para que ejerzan coerción diplomática y económica; otras, los empujan a emprender acciones preventivas, invasiones militares, operaciones punitivas y guerras de ocupación. En cualesquiera de tales circunstancias, esta nueva manera de apropiarse de recursos ajenos cierra las posibilidades de construir una economía nacional, una economía que tenga carácter nacional no sólo por su adscripción geográfica sino, sobre todo, que sea consistente para que el país en cuestión afirme su viabilidad histórica.



En esta matriz globalizadora que amalgama la fuerza con el lucro, el mercado libre es utilizado como arma de persuasión masiva. Se la utiliza sin escrúpulos en el financiamiento externo y en las negociaciones de inversión extranjera. Su empleo es dramáticamente eficaz en la explotación y comercialización transnacional de los recursos naturales, en la producción agrícola, en el desmantelamiento de ramas productivas íntegras, en la ilusoria significación de la maquila. Su uso es sutil pero devastador en la privatización de múltiples derechos para convertirlos en servicios vendibles, como ocurre con la educación, la salud, entre otros, o en la actividad laboral, sujeta a una normativa ominosa para los trabajadores. Estas y otras realidades, encasilladas como nichos de inversión o factores de lucro, son materia preferida en las cartas de intención (muchas de ellas secretas), en negociaciones y contratos diversos, revestidos de aséptica juridicidad para encubrir y disimular nuevas formas de dominación transnacional.

Se trate de una situación u otra, el colonialismo posmoderno (que no implica necesariamente la posesión material de un territorio), toma fuerza con la doctrina y práctica de una economía sin fronteras, autorregulable, esto es, negociable, según la envergadura de los intereses que benefician a las corporaciones. Con el señuelo del mercado global autoregulable, se ejerce la persuasión en los países de relativa modernización para que se globalicen en términos de rigurosa dependencia, no competitivos, como áreas de turismo, o de actividades productivas inocuas como la floricultura, la apicultura, las artesanías, son algunas de ellas. Con esta modalidad colonizadora, los países avanzados, solidarios con las corporaciones, extienden una hegemonía inédita, indiscernible, desprovista de orden, límites y jerarquía, aspecto que explica cómo y por qué la globalización, con sus características actuales, trastoca el orden político-territorial de los estados, transformándolo en espacio comercial, ensamblado por intereses transnacionales, disponible para incrementar el dominio y expansión de la mayor potencia militar y tecnológica de nuestro tiempo.

El mercado libre amplifica la crisis en los países periféricos. Las acciones persuasivas se hacen más intensas en la medida en que aumenta el bombardeo de propuestas, las cuales, sin ofrecer reciprocidad alguna, eximen de todo compromiso a los países que exigen ese tipo de mercado. El bombardeo genera desaliento: la inseguridad y los temores que desatan la pobreza y el atraso no están incluidos en la agenda de la globalización. En su lugar, sustituyéndolos, se inscriben demandas de diverso tipo, tales como la competitividad, la interdependencia, la gobernabilidad, entre otras. ¿Puede hablarse de competitividad con los países centrales, cuando ésta ha hincado sus reales en los países periféricos que compiten entre ellos para vender bananas, café, minerales, a los poderosos y a precios competitivamente bajos? ¿Cual sería la interdependencia países dominantes-pueblos atrasados si ésta implica respeto recíproco y concesión mutua en los actos de soberanía y en obligaciones equivalentes de la legislación laboral, o fiscal, por ejemplo? ¿Qué gobernabilidad puede ser efectiva con poblaciones mayoritarias en estado de pobreza extrema? Tales exi-

gencias revelan que en el oído de las corporaciones, la acción persuasiva, orientada a crear opciones que dejen de ser espejismos, ha sido nula, o inexistente.

Esto quiere decir que el nuevo orden mundial, gestado en el despliegue de la globalización, no se aparta de una sumatoria de prácticas fenicias que anticipan una posmodernidad que recicla perversiones mercantilistas y coloniales. Según el credo neoliberal, los proyectos históricos de la sociedad, en el mundo global, carecerán de sentido. Desde tal perspectiva, sus interlocutores suponen que el mercado es el espacio permanente y autorregulado de la evolución social, por tanto, el fundamento insustituible del conjunto de relaciones sociales. Con esta visión, los argumentos del neoliberalismo se aproximan al sombrío anuncio del fin de la historia, situación en la cual, supuestamente, acaba la evolución ideológica de la humanidad, reduciendo la vida de los pueblos a aquellas actividades que no propician reforma ni revolución alguna en el orden social, económico y político. Desde esta posición, su discurso se torna maniqueo y plantea opciones excluyentes: “¿Estás o no estás con el mercado libre, aceptas o no aceptas el nuevo orden, regido por el imperativo ineludible del mercado global?”. Estas opciones cortantes, agarrotadas en un discurso que ha perdido coherencia y racionalidad, más que persuasivas son coercitivas y gravitan fuertemente en el comportamiento político de los estados y países dependientes como los nuestros.



De la persuasión y otras acciones conexas

En las reuniones deslucidas de Davos, Seattle, Génova, Cancún y otras ciudades, el proyecto globalizador tropezó con el rechazo de singulares multitudes, provenientes de remotos lugares del escenario global. Allanar ese rechazo, exige el ejercicio sutil o abierto de una práctica peculiar, caracterizada en este ensayo como *persuasiva*. ¿En qué consiste este tipo de persuasión y cuál es su papel en la estructuración de una economía global?

En términos escuetos, los diccionarios definen la persuasión como *la acción de persuadir* y a este verbo le dan el significado de inducir a alguien a creer, aceptar o hacer algo determinado. Por lo que significan estas definiciones, la acción de persuadir tiene un definido carácter intencional, propio de la interacción en las relaciones humanas. Desde este punto de vista, la persuasión, en sentido genérico, está indefectiblemente orientada hacia la obtención de un convencimiento, o una aceptación, o por lo menos la modificación de opiniones en quien es objeto de tal acción. Con esta característica, la persuasión a que nos referimos en el lenguaje cotidiano, se presenta como una práctica argumentativa específica, dirigida al logro de un determinado propósito. No obstante, a mi juicio, la forma interactiva en que se realiza la persuasión común, no es ajena a otras relaciones de carácter colectivo, en las cuales se forma un proceso persuasivo que no pasa necesariamente por el tamiz de las argumentaciones dialógicas. Para decirlo de otra manera, las persuasiones colectivas, aunque anónimas y sin fuente identificable en su origen, comportan la posibilidad de hacerse participativas en sus consecuencias sociales, particularmente

en aquellas que sintetizan una toma de conciencia de los asuntos que trascienden la órbita de lo individual. Es en esta forma de participación, fundada en una toma de conciencia que va más allá de lo personal, donde la persuasión globalizadora tiene sentido.

Desde todo punto de vista, la globalización ha creado una situación objetiva, anónima y colectiva de transición histórica y cultural. En lo que dura esta transición, se forma una nueva representación del mundo, una nueva manera de actuar, que apunta hacia la formación de nuevas ideas, relaciones y vínculos de la sociedad actual. En esta circunstancia, o en otras similares (como se ha experimentado con el descubrimiento de América, vivido en su tiempo como integración física del planeta), los hechos cotidianos de percibir y asimilarse a una realidad distinta de la habitual devienen condicionamientos despersonalizados y objetivos de un tipo de persuasión *sui generis*, inductora de la aceptación de ideas y hechos inéditos que dan paso a un orden noológico y pragmático distinto, el cual, si se trata de la globalización, induce tanto a aceptar una nueva realidad, como a participar en un proceso prefigurado por los cambios materiales y de mentalidad ocurridos en la modernidad.

Si entendemos la condición como una categoría de la realidad que explica la relación de un objeto, o de un proceso, con aquellos fenómenos sin los cuales no puede producirse, la persuasión globalizadora no sería tal, sin el condicionamiento que ha creado la modernidad capitalista. Las magnitudes de la producción material, la circulación masiva de bienes, las dimensiones crecientes del consumo y de los servicios, las cifras astronómicas del capital corporativo, la continua innovación tecnológica, la explotación transnacional de materias primas, alimentos y de otros productos en los países subdesarrollados y su intercambio transoceánico, para citar unos pocos, representan cambios materiales sin los cuales no se podría proyectar la globalización; por otra parte, el desarrollo de la informática y las comunicaciones, la estandarización de los sistemas educativos y de las industrias culturales, el modelo de democracia procedimental, la vigencia aun desigual de los derechos humanos, entre otros, representan grandes cambios de mentalidad, los cuales, vinculados con los cambios materiales, conforman un condicionamiento histórico complejo, en el cual se apoya la persuasión.

Esto quiere decir que en el origen causal de la persuasión globalizadora está implícito el condicionamiento combinado de dos procesos de cambio, regulados por los países modernos y hegemónicos, que son los que ejercen la acción persuasiva. Debido a su origen exógeno, no hay persuasión exenta de propósitos externos, ni hay intención persuasiva al margen de los objetivos que propone el sujeto que la realiza. Aplicados estos aspectos a lo que ocurre en diversas instancias y organismos de la globalización, la acción persuasiva aparece como la manifestación menos ostensible pero más eficaz de la ideología neoliberal, auxiliar insustituible de la globalización, utilizada para atenuar los desequilibrios económicos y de otro orden, o para *negociar* el rechazo que provoca la globalización.

En el conjunto de acciones destinadas a modificar actitudes y criterios ajenos, la acción persuasiva tiene afinidad con la coerción y la seducción, o, en cierta medida, se manifiesta como la forma en que se combinan ambas, toda vez que en estas acciones está implícito el propósito de modificar gradual o drásticamente las ideas, las respuestas y la actitud de quienes son objeto de tales acciones. Ejemplos ilustrativos de estas combinaciones persuasivas, son el llamado *Consenso de Washington* y las negociaciones actuales del ALCA. El primero (conocido como *paradigma económico único de la era del post-socialismo*) registra un decálogo de *políticas* destinadas a *orientar* sobre el nuevo orden internacional. Los analistas de este curioso *consenso* del *complejo político-económico-intelectual* del FMI, BM y el gobierno de Estados Unidos, lo comentan en términos de recetas que pueden ser entendidas como advertencias, o consejos de calculada neutralidad o, en definitiva, como *diktats* que rebasan los propósitos persuasivos. En lo que corresponde, las negociaciones del ALCA (Miami, Puebla), han sido objeto de denuncia en los medios de comunicación por el tono de las propuestas, unas seductoras para una pregonada prosperidad de los americanos, desde Alaska hasta la Patagonia, otras rígidas, coercitivas, carentes de espacio y opción para el diálogo.

Esto quiere decir que la persuasión globalizadora no es uniforme. Unas veces imprime su huella aséptica en la aceptación y el convencimiento; otras, deja una estela de temor e incertidumbre. Su intencionalidad, envuelta en expectativas económicas, políticas y culturales, recorre ciega la órbita del mercado, línea impuesta desde afuera. Por ello, sus argumentos traducen empeños subrepticios que la acercan a la seducción, o en el extremo opuesto, se fusionan con la coerción ejercida sobre los globalizados, o sobre quienes pueden ser globalizables. En esta dualidad que la envuelve (argumentos seductores o coercitivos, según los casos), la persuasión se revela como un método útil para descifrar el lenguaje ecumenizante de las empresas transnacionales, especie de fuerzas de ocupación del capitalismo.

El Estado y el interés nacional

La eficacia de la persuasión se revela en la racionalidad que invoca. Recurre a ella para adelantar que en los negocios públicos y privados, lo más racional, ahora y en el futuro, es y será la economía global. En ese marco de argumentos persuasivos, el Estado aplica disciplinado las reglas pragmáticas del neoliberalismo, modifica su régimen económico y social, libera el comercio de importación/exportación, privatiza empresas estatales y los servicios, autoriza nuevas relaciones laborales, elimina el control de precios; en fin, el Estado hace todo lo que se le requiere para ajustar su disciplinamiento al modelo neoliberal. En términos breves, la acción persuasiva está dirigida principalmente hacia el Estado. Si éste se margina del mundo que construye la globalización, o rechaza las recetas globalistas del neoliberalismo, corre el riesgo de aislarse en medio del mercado-océano.



Los argumentos persuasivos, de manera especial aquellos que recurren a la racionalidad en términos absolutos y unilaterales, ponen en descubierto el espectro de la caducidad del Estado. Al respecto, cabe distinguir ciertos hechos que, por su coherencia, resultan obvios para que la persuasión los valore objetivamente. En la ensambladura de una economía sin fronteras, la participación de la entidad estatal es necesaria, toda vez que los convenios globalizadores carecerían de eficacia legal sin su concurrencia y sin su adhesión contractual. Esto significa que el Estado, por incipientes que fueran su soberanía e independencia, o por omnímoda que sea su capacidad negociadora, como es el caso de los países metropolitanos, representa la unidad operativa de la globalización. Esto quiere decir que la persuasión de que es objeto el Estado, abre la puerta para su examen en términos de un efecto inmediato de la globalidad, categoría esclarecedora que induce a ampliar la reflexión sobre lo que en este trabajo se dijo acerca del disciplinamiento del Estado y el aislamiento nacional, dos cuestiones que no están prescritas en el recetario del pragmatismo neoliberal, sino en las condiciones emergentes de un contexto mundial inédito, en el cual surgen nuevos perfiles de la soberanía política y territorial del Estado.

La persuasión globalizadora logra sus objetivos en niveles distintos y con interlocutores diferentes. El primer persuadido, ciertamente, es el Estado. Esta afirmación, por su enunciado metafórico, tiene una objeción de fondo: se dirá que el Estado (aún en la antropologización común de que es objeto) no es una persona a quien se puede persuadir mediante juicios y razones. La voluntad del Estado, por lo general, es distinta de la de sus gobernados. Sin embargo, la entidad estatal es el sujeto legal que signa los convenios con que incorpora la economía de su país al mercado. En tal sentido, el Estado *globaliza* a los productores y consumidores que integran la nación, sin que mediara necesariamente la voluntad ciudadana ni el interés privado de unos y otros. Esta forma de participar en la globalización tiene una justificación altamente significativa, *el interés nacional*, idea ambigua de poder, utilizada como razón extrema para dirigir la política exterior.

Con esta justificación, cercana a una sublimación de las razones de gobierno, los responsables del poder político ejercen las prerrogativas del Estado y pueden optar por globalizarlo, persuadidos de que el concepto *interés nacional* sintetiza un argumento incontestable. Sin embargo, este concepto no es objetivo, con toda la elocuencia de su enunciado. Su evaluación carece de un fundamento lógico y de referentes empíricos. No hay consenso sobre lo que debe entenderse por *interés nacional*, como tampoco se sabe si es expresión cabal de los intereses parciales de una nación. Por ello, en la teoría y en la práctica, en todo estilo de ejercer el poder, este concepto conlleva una manifiesta variabilidad y refleja preferencias subjetivas de quienes representan y dirigen el Estado.

Se hable de la racionalidad o del interés nacional, las modalidades con que se despliega la globalización generan una experiencia compleja. Incluirse en la globalización, o persuadirse de que estar en ella representa algo así como un acto instintivo de sobrevivencia,

son hechos que reflejan decisiones inducidas, esto es, promovidas por factores que no son estrictamente voluntarios. En la globalización comercial y política que prevalece actualmente, ¿qué país, por vulnerable que fuera su autonomía, busca libre y voluntariamente el desvanecimiento de sus fronteras para convertirse en mercado irrestricto de mercancías ajenas? ¿En qué país pobre y atrasado —con el neoliberalismo de por medio— se han acercado los polos de la riqueza y la miseria para cerrar la brecha? Estas y otras preguntas representan distintas formas de rechazo a las modalidades que tiene el proceso globalizador. Ante tal estado de cosas, la persuasión, dimensión subjetiva de la globalización, no se ocupa de dar respuesta a estas preguntas; por el contrario, se empeña en imponer reglas sin alternativa alguna, particularmente en los países atrasados y débiles.

La globalidad y la sociedad 20/80

La globalización de los asuntos mundiales (léase economía, política, cultura), crea vivencias individuales y colectivas que sufren alteraciones de distinto orden. El espacio, usualmente concebido y vivido como un ámbito permanente y localizado, desvanece sus límites en un escenario continuo, global. Por otra parte, el tiempo utilizado para organizar la vida cotidiana, acelera el curso los hechos hasta hacerlos poco menos que simultáneos.

En cuestión de segundos cambian de lugar miles de millones de dólares, causando el frenesí de los inversores o la tragedia de quienes que no pudieron retenerlos. También en segundos se propagan las crisis o *efectos* financieros y se estremecen las bolsas de aquí y allá. El *efecto tequila*, o el *efecto tango* significan lo mismo en tiempos inmediatos y regiones distantes. Ciertamente, el espacio y el tiempo para estas cuestiones prosaicas no tienen barreras, como tampoco las tienen para el arte, la cultura, o los acontecimientos religiosos que cruzan mares y continentes en el instante de sus *performances*, amén de la información comercial, científica y tecnológica que, emitida en las grandes capitales, puede recibirse de inmediato en macondos insospechados. Todo esto tiene lugar en el *cyberespacio* (dominio casi mágico, ilimitado pero comunicado en todo momento por sus nexos inmediatos), que en este ensayo representa un símil arbitrario, apropiado o no, para referirse metafóricamente a la globalidad, a esa esfera fija e invisible que, a manera de una evocación precopernicana del universo, cubre una pluralidad de mundos distintos y distantes.

Hay también otras cosas que circulan en el ámbito global con ritmos pasmosos, globalizados. Circulan por el espacio geográfico miles de millones de toneladas de petróleo, minerales, alimentos y de otras materias primas que cruzan océanos, o, de igual modo, se cruzan otros millones de toneladas de bienes fungibles o duraderos, producidos en las provincias de la maquila transnacional, llámense éstas Tailandia, Nigeria, Panamá, entre otros. Aún hay algo más que mercancías; hay millones de hombres y mujeres que cruzan fronteras, que migran por necesidad de un continente a otro, o simplemente viajan por placer o curiosidad.



En el ámbito global del comercio, las comunicaciones, el transporte, las demarcaciones territoriales o nacionales significan cada día menos, lo que equivale a decir que el país globalizado asume sus fronteras geográficas en términos cada día más nominales. Según este prospecto, la territorialidad estatal soberana se amalgama con el *continuum* de un mundo sin fronteras, esto es, con la globalidad. En esta fusión de lo particular con lo general (fusión de espacios categorialmente diferenciados), el disciplinamiento del estado y la desregulación de la sociedad encuentran su explicación en términos de mecanismos postnacionales, dispuestos para amalgamar el ámbito de la estatalidad con los escenarios posmodernos, ya no países, del mercado global.

En la globalidad indiscernible (que no dejará puertas abiertas para que se instale otra realidad que no sea global, o globalizable), el trastocamiento de usos y conceptos tradicionales del espacio geográfico induce a suponer que las fronteras históricas o culturales, desvanecerán sus rasgos específicos. En ese continuum reflejado en la globalidad —categoría que no denota centro, límites ni jerarquía— las diferencias étnicas, nacionales y regionales, irán dejando la cepa histórica de la que proceden y tomarán formas nuevas con la fuerza erosiva de la uniformidad y la homogeneización.

El paisaje espiritual de la época, ocupado por un mundo global, contribuye a que la persuasión despierte múltiples expectativas e ilusiones. Las élites políticas y empresariales, de manera particular en los países dependientes y atrasados, viven el gozo subjetivo de abreviar distancias y tiempos. Se alienan en una abundante información cibernética. Imaginan que *su* Estado globalizado, el que gobiernan, los ha adherido a esa minoría del veinte por ciento de la población mundial, estimada en el proyecto civilizatorio como apta para desempeñarse en la era de la globalidad. Se piensan elegidos para una nueva estratificación social y cultural. La formación en institutos educativos y profesionales de alto precio, o en centros de eficiencia empresarial, las pruebas sofisticadas para administrar, vender o negociar, los tests de liderazgo y otros recursos selectivos de la cultura del poder, son los expedientes más conocidos del darwinismo social con que documentan su linaje globalizador. A estas élites, confundidas ante los valores éticos y huérfanas de sensibilidad social, estar en la globalización les significa respirar plenamente los aires de la sensualidad del poder y de un hedonismo sin fronteras.

Contrariamente a lo que buscan y viven las élites, el imaginario asociado a la persuasión no se asimila con facilidad en la mentalidad de los pueblos pobres, la mayoría de la humanidad. ¿La globalización? Si el Estado del que soy contribuyente sostiene que el mercado es libre y que el país se ha globalizado, ¿cómo es que lo que fabrico en mi casa, ropa, zapatos, por ejemplo, puedo vender en Australia, así de fácil? Si hay un mundo sin fronteras, ¿puedo migrar sin trabas a Estados Unidos y a otros países donde puedo ganar un mejor salario? Ciertamente, el imaginario de la persuasión globalizadora no enciende sus luces con facilidad en el ochenta por ciento de la población del planeta, que no parti-

cipa en el banquete corporativo de la globalización. Esta inmensa mayoría de la humanidad no es dueña de empresas de lucro, ni tiene capitales corporativos, ni pozos petroleros, ni plantaciones, ni fábricas de comida, de ropa, de cosméticos o de otros artículos de consumo masivo; no tiene nada que pueda ensamblar o globalizar a través de los meridianos y paralelos de la tierra.

Sin embargo, el proyecto de la globalización, no está irreparablemente sujeto a las modalidades corporativas que se han impuesto, ni al porcentaje segregativo de la sociedad. Ambos aspectos son y han de ser impugnables, mientras la persuasión no juegue un papel distinto. La cuestión de fondo radica en que los globalizadores se persuadan de que una globalización paradigmática de los asuntos mundiales pasará por el tamiz del cambio en dichas modalidades. Si se logra este propósito persuasivo de los débiles, surgirá el optimismo, pensando en que la globalización ofrecerá menos riesgo en aquellas regiones y países que buscan opciones justas para su viabilidad en la historia.

En suma, si hay voluntad para superar el *impasse* referido en otra parte de este ensayo, la persuasión globalizadora, fundada en el condicionamiento histórico del que emerge, podrá generar efectos recíprocos, constructivos; a fin de que no sea un instrumento coercitivo de aquellos que se benefician con sus resultados, sino también un medio para encauzar el desarrollo de los países atrasados, globalizados o globalizables. En algún momento los estoicos actores del drama habrán de ser escuchados por los directores de escena. La historicidad a que está sujeta la evolución del género humano, determina que todo lo que emprende y realiza la sociedad es sólo un episodio. 

